

BILBAO Ciudad de guerra



Cajas de material de guerra alemán, que iban a Sevilla y se quedaron en Bilbao.

INSIGNIAS

HE llegado a Bilbao, desde Santander, en un bou en el que nada falta para construir un buen símbolo de la tierra vasca: fortaleza, nostalgia, alborozo y canción. Estos hombres de mármol que me han traído, a pesar de su constante vigilar las aguas, de su animosa preocupación guerrera ("¡Si apareciera un barquito pirata le íbamos a dar quehacer!"), venían diciendo a mi lado mientras



—¡De todo un poco!—acaba el de arriba con la concreción que sólo un inglés podría tener. Mas en el bou está sintetizada no sólo el alma bullíciosa y nostálgica de la tierra vasca, sino también su lucha actual. No hay que olvidar que la República vasca lucha ahora, como toda España, contra las tropas invasoras de Franco. Perfecta, democráticamente unida. Y aquí hay una buena prueba de ello: entre los tripulantes del bou, casi todos tocados con la boina vascongada, se ven las más diversas insignias partidarias. Unos traen bordada en sus gorras la cruz de los católicos; otros, la hoz y el martillo del proletariado mundial; algunos, la bandera nacional y la vasca en fiel unión; creo haber visto en una boina hasta el rojo y negro de los anarquistas. Pues todo eso, unido, hermanado, hecho una perfecta mezcla, como no la habría soñado mejor el más puro demócrata, es lo que mantiene una lucha heroica contra el conglomerado invasor, cuya cabeza visible es Franco.

PORTUGALETE, SEIS DE LA MAÑANA

Cuando llegamos a Portugaleta, el día es aún muy tier-

Monjes y milicianos vascos contra Franco

Salen de misa muchachas con chaqueta miliciana y velillo devoto.

atusaban las ametralladoras y el reluciente cañoncito), no han perdido un momento el humor, ese humor especial de estos muchachos que no se sabe muy bien si es alegre o triste.

—¡Eih! ¡Santhi! ¡Cuida la menestra, que va a llegar la hora de "ataque"!—grita uno.

—¡Ya os ocupáis más de esto que de estar alerta!—contesta el otro desde abajo.



“¡Cazarles hicimos!”, suelta con orgullo el capitán del bou apresor.

Radiotelefonía de campaña de fabricación alemana, que iba a las tropas de Franco.

Estampa

no. Un sol infantil ilumina todo un activo ir y venir de gentes que ponen en movimiento la mañana. Gentes bien diversas: soldados, muchachas de servicio, empleados municipales, viejas con sus bolsas de hule, marineros, mujeres de mantilla y rosario. ¿De mantilla y rosario? ¿Pues no estamos en la que llaman "España roja"? Si; ya sabíamos que ése era un recurso, más o menos político, de los invasores. Pero, por si no estábamos bien enterados, aquí tenemos la comprobación. Unas campanas eclesiásticas—claras, alegres, entre la neblina mañanera—llaman a misa.

—¿Quiere usted ver el material que apresamos al Palos?—me dice un carabinero con su sonrisa más satisfecha.

Nos llevan hasta unos almacenes donde se guarda. Allí están todos bien satisfechos de su hazaña. Por buena casualidad me encuentro hasta con el capitán del cañonero que la realizó, un vasco alto y sonriente.



«Bajo la cruz del refectorio, los soldados de la República comen servidos por los monjes.

más ordenada y normal, más animosa también. Pasan las gentes del domingo discutiendo con mucho ardor, pero con

ardor entusiasta. Se les ve a todos satisfechos del último parte de guerra, de la rectitud de su Gobierno del Frente Popular, del empuje de sus soldados, del sol de libertad que alumbra sobre la tierra vasca. Sol de libertad. Aquí está plasmado sobre todas las esquinas, donde aún descubro carteles como éste: "VOTAD AL FRENTE POPULAR." Está pegado junto a las arquivoltas góticas de una iglesia, a la misma entrada, conviviendo en franca camaradería con los avisos religiosos y los santos de la portada. Sol de libertad. Ante un estruendo marcial, de trompetas y tambores, salgo, como todos los demás que llenan el bar, a ver el desfile. ¡Entusiasta desfile! Los soldados marcan su marcialidad con verdadero buen deseo; las gentes desbordan su entusiasmo. Sobre el noble airón de boinas y bayonetas, van flotando dos banderas: la republicana y la de Euzkadi libre. El sol, la mañana y las cornetas me hacen seguir al batallón, como uno de tantos mozuelos. Y veo—sin asombro, porque ya me lo habían anunciado—que las filas uniformadas entran por la puerta ojival de San Vicente. Jefes y soldados van a oír la misa dominical, ante los puños en alto y los saludos antifascistas del gentío.

Más sol de libertad. De San Vicente, donde, como en todas las iglesias de Bilbao, se dicen misas desde el alba, salen los fieles—los católicos republicanos—de otra misa anterior. En todos observo algo del atuendo que la guerra impone. Muchachas con la chaqueta miliciana y el velillo; hombres con la estrella antifascista en la solapa... Todos estos son los católicos de la España roja que siguen oyendo su misa y dando su entusiasmo—y lo que es más: su sangre heroica—por la República democrática.

MILICIANOS EN EL CONVENTO

Sin embargo, donde me espera la mejor confirmación de todo esto es en un convento de las cercanías. Después de recorrer la línea general de fábricas vizcainas, en las que trabajan con el mismo ahínco nacionalistas vascos y comunistas, anarquistas y católicos; donde no se apagaron los hornos y las chimeneas siguen vomitando los humos densos que se expanden sobre Bilbao; después de oír a fabricantes y soldados, todos con igual impaciencia por ganar la guerra, me he llegado hasta este alto convento.

Como siempre. Un campanillazo sonoro a claustro conventual, me franquea la puerta. Un hermano, viejo y cegato, con sus mansas antiparras y su hábito de color de chocolate, me invita a pasar.

Y aquí veo lo que me faltaba para redondear mis notas de viajero y mis ojos de observador. Aquí me encuentro con que el monasterio es medio cuartel, medio convento; con que monjes y milicianos fraternizan hasta tal punto que éstos, los soldados de la República, comen en el refectorio de los frailes, bajo la gran cruz que le preside y junto a las inscripciones devotas.

Aquí un fraile me cuenta cómo un hermano suyo en religión tuvo que huir de la furia fascista, y que elevan preces por el triunfo popular, y que el propio obispo de la diócesis ha tenido que marchar de su residencia habitual, perseguido por los falangitas...

Ante esta impresionante realidad de órgano recoleto y son escandaloso de trompeta, de olor a incienso y bulla fusilera, el fraile que me muestra el convento quiere explicarse. Y me dice esto:

—Ninguno de nosotros tomará un arma en sus manos, porque eso lo castiga Dios. Pero todos deseamos con toda nuestra fuerza el triunfo de estos valientes muchachos que defienden al país de la invasión.

(Fotos Benítez Casaux.)

PAUL GILLET

Los marineros del bou llevan en sus boinas toda clase de insignias: católicos y comunistas.

—¿Cazarles hicimos!—me suelta con su orgullo más bullanguero.

El material que hay allí tiene un valor, un alto valor, además de monetario, de comprobación. Todo ello es alemán; todo ello estaba destinado al ejército de su país. En algunas cajas aparecen escritas hasta las direcciones de las brigadas a que iban a ser dirigidas. Pero para estos muchachos aquello tiene un valor mucho más crecido: el de su gesto, más que el de su hazaña, el de la contestación rotunda, entera, del Gobierno de Euzkadi al almirante alemán del Koenigsberg.

BILBAO A MEDIODÍA

Domingo. Sobre la capital vasca luce un sol de tranquilidades. Desde el bar en que tomo el aperitivo, se ve pasar la vida



Una animosa conversación, en el patio conventual, entre un monje y un oficial del Ejército del pueblo.